

LA EDAD DE LA INOCENCIA

CANCIÓN

Alguien me tocó el alma el otro día, alguien,
con la tierna almohada de su voz ensoñadora.
Alguien suscribió mis versos,
reinventó la luz sobre la tierra, que ya caminaba ominosa,
anduvo abriendo puertas mientras, oculta yo,
mis manos temblaban.

Antes, cuando abrías tus párpados a la luz cegadora,
los amaneceres cabalgaban por la orilla de este verbo que no es verbo sino
margen acotado carnalmente.

Se cerró el mar.

No me acompañó entonces el Poeta.

Ni el mirlo sostuvo con su canto mis roncadas lágrimas.

Ni siquiera la primavera, que anhelé tiempo después, llegó a bañar los atardeceres
con la niebla empapada en perfume.

Antes, mucho antes, dormía en la tierra recordando
el verde trampantojo de la encina,
y yo, yo, bailaba al son de los tambores de las fiestas humanas.

Cuando me quedé muda,

no me cobijó el Poeta.

Ni la lumbre, ni la hojarasca fértil.

Bajé al infierno de todas las vidas sorteadas.

Hablé para llorar.

Rodé para existir temblando, acunada por mi propio frío en la cruz de
todos los huertos.

Antes, tiempo eterno antes,
saltaba sobre las piedras con mis zapatos de rosas
generando vida, esperanza y muerte...¡feliz!
Una y sola entre las de mi especie
albergaba en mi cóncava realidad todas las esperanzas,
todo el alimento de la tierra.
Ahora, más allá de las sombras,
permanece siempre abierto el horizonte luminoso que nos avanza el sol
en su homenaje tardío
a la belleza de Lo Sin Nombre.

Camina, rueda mía, camina,
llévame por tus senderos de perdón y olvido,
que el polvo que levantes sea mi clámide en la espera.
Muéstrame en tu devenir el movimiento sobre el mar, las almas, la luz.
Adelántate
y obliga a pervertir el siniestro don de la matanza oblicua.
Camina por mí para que, cuando renazca,
las encinas continúen dibujando caracolas en el aire con sus candilejas de
Abril.

MI SUEÑO

Sueña el mar que llueve confundiendo
brisas y horizontes sobre las lomas azules de tu labranza.
Sueña el mar coronando sus tristezas
con ramas desnudas que adormecen el murmullo de las gotas vespertinas.
Sueña el mar quieto,
navegante amplio durante la riada perlada y la vecina azotea.
Nieva la llanura el cielo contemplado
abarcando mareas nocturnas y búhos que ululan.
Jamás la tierra llora,
nunca examina el sol
la nube estupefacta de tus sonidos abiertos,
equidistantes, sin par, con el agua y la luz,
la piedra y la sonámbula presencia de los hogares arquitrabados.

Sueña el mar bebiendo sobre las arcillas comunes,
esquivando cual gacela las acechantes fieras sorprendidas ente las tablas rasas
y las columnas de hierro.
Huelgan la luz, la dicotomía y las circunstancias, porque
el mar, el mar solo, sólo él, único, nos humedece
sonriendo como el agua.
Para el mar, y sólo el mar, sueño con la lluvia mojando nuestras presencias
con bebedizos salificantes destilados de su aroma.
Y sueño con las alegrías regaladas por las eternas distancias azules.

SIN DUDAS

Abierta, compleja duda amarga la dulce luz de tu codiciada vida.
No sorteamos los crueles navajazos,
las yuntas hundidas,
las carreras clavadas a la tierra que,
bajo tus pies, limpios y generosos,
sueña olvidando el invierno,
el frío,
la soledad de los amaneceres helados.
Sin dudas, amargas las bocas ajenas
contemplan tu blanca risa,
como si la luz, desvanecida sobre tu piel,
tan sólo hilase verdades y verdes valles entre montes templados.
Para tu alma, lúcida, primavera por venir, se abre sola
al son del baile esperanzado
que nos hila, nos une, nos embellece sin asomo de duda.

... CON ELLAS

... ¿Y qué me une a ti?

Vuelta, remisa a las olas que alimentan descansadas a la fuerza.

El vaivén, la trama oceánica de la orilla de nuestras vidas:

¿qué me une que, como junco flexible,

se dobla mi alma buscando la luz, la gota,

el calor hundido en los pozos templados de las cárcavas selváticas

de las almas preñadas,

de los besos amados,

de los labios vertidos

sobre la afable incongruencia de los plateadas visiones?

Y ¿qué me une que un aspaviento, por mandriles,

lacea mis manos ancladas al vértigo de la marea?

Suelto amarras por comprobar

si el sonámbulo espectáculo de la luz dicha y la brisa

aún pasea sus alas por el horizonte inclinado, clavado al viento,

majestuoso y llano y libre.

AMABLE VIDA

Rumbo abate el viento del sur sorteando
anchos pedregales sembrados de mar por la generosa lontananza.
Rumbo avienta el viraje de tu proa
camino de las otras dudas, las otras tempestades sorteadas,
lúcidas en su existencia de sol, de ámbar,
de yemas absorbidas en el mismo nacimiento de las cosas.
Rumbo se queja en tu mar azul de los deseos evitados,
de los dardos punzantes sobre tu carne tierna, recibo
de la verdad por venir,
de la llaga abierta en simbiosis perfecta con la naturaleza.
Rumbo sobre el mar de nuestras almas calmadas,
a fuer de soplar ahuyentando los hilos tersos,
las cárceles inventadas,
las locas algoritmias de las tablas rasas,
la sucesión, siempre infiltrada, de la verdad sobre el ser, el parecer, la nulidad,
la ventaja manifiesta que raya en las costas de las planicies secas.
Ahuyenta el viento del sur rumbo a tu mirada, por demás,
vejada por todos.
No ama, sólo sopla, sopla,
abanicando la piel morena de tu envejecido asidero.
Descubre, multiplicándose, que el mar es sólo mar,
sólo asiento.
sólo sueño,
súbita calma en la vela de tu vida anaranjada.